

Lo que usamos

LA FERIA DEL CAMPO

Carmen Castro

No importa que el campo se cultive mecánicamente.

No importa que el ganado crezca mediante inseminación artificial. El campo de España es un bien irrenunciable. Aunque el país se pueble de ciudades, aunque las ciudades mayores se traguen al campo a dentelladas de excavadoras, no es posible ni tampoco lícito en nuestros días renunciar a un espacio de buen campo.

Y esto lo saben los más sabios en la materia campo, y los más sabios en la materia ciudad. Y esto lo sabemos todos cuantos, en algún momento del vivir, consideramos la vida de los hombres siglo XX-XXI.

Todavía el hombre y mientras no haya mutaciones —acaso esperables ya— en el phylum humano, el hombre por razón de su ser, de ser como es, como somos, necesita enraizar su vivir en tierra terrosa, ya sea de hecho, ya sea, por así decirlo, en principio. No parece mera coincidencia que a los astronautas todos —también a la astronauta— les haya parecido, maravilla entre las maravillas espaciales, la Tierra. Y lo que distingue a la Tierra —desde el Espacio— es justamente el color de tierras y mares... nuestro campo terrenal.

Se dice que no es vida cumplida la de quien no ha sido capaz, durante ella, de plantar siquiera un árbol por su mano. Sin duda, en este siglo cumplen su vivir cumplidamente millones y millones de hombres, que jamás plantaron y ni siquiera han visto plantar un árbol, que nunca han contemplado los caminos que siguen las hormigas en torno a sus hormigueros, porque siempre han pisado calle acondicionada y el mundo vegetal y el mundo animal han llegado a ellos convertidos en bienes de consumo, en forma de productos *procesualizados*. El vocablo es espeluznante y es adecuado para hacer sentir los sucesos del viaje, por ejemplo de una zanahoria, desde que sale a luz, con todas sus raicillas tenues y pálidas, sucias de buena tierra, hasta que surge en una cocina, envuelta en impecable celofán, con lazo verde y etiqueta dorada con letras visibles, última coquetería del proceso que, de campestre criatura, la convierte en alimento ciudadano. Quien haya mordido con dientes niños una zanahoria recién arrancada, sacudida apenas, agarrada por su penacho de falso perejil, no reconoce el sabor ni el tacto de la hortaliza en las tiras zanahoria que le llegan en el plato de las *crudités* famosas. Para la química del cuerpo esta zanahoria, debida y convenientemente tratada, es un aporte de pleno caroteno; para la química del gusto era mejor sentarse en un campo y compartir las zanahorias con el gazapo gris de nuestros amores, increpando a las hormigas.

El campo es necesario para el hombre —repito— lo explican los sabios desde muchos campos de estudios diversos. El campo de tierra y también el campo de agua que es el mar y son los ríos. Aunque sea un campo con puertas, que den todas ellas a la ciudad, aunque sean unos mares reticulados por las leyes vigentes para su uso, aunque sean unos ríos encauzados a puro cemento, al hombre le hace falta campo, mar y frío para vivir, no sólo para crecer y multiplicarse.

Nuestro país, todavía es de tierra vista en su mayor parte, lo cual es hoy un lujo que no sé si apreciamos en su justo precio. No me refiero a la tierra de superficie y fértil, excelente tierra para los más delicados cultivos, cuando recibe el debido trato. No olvidemos que se cultivan en España las primeras verduras frescas de las primeras "cocinas" del mundo, empezando por las de París. Y pueden cultivarse en nuestro país frutas inigualables: las de secano, las de un sol pasado por mar...

Excelente tierra nuestra para que viva el ganado todo, el lanar y el vacuno, el peludo y el salvaje.

La *Crónica General* describe el campo de España de modo insuperable —"Abondada de mieses, deleitosa de fructas, viciosa de pescados, sabrosa de leche et de todas las cosas que se della facen; llena de venados et de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos, provechosa de mulos... alegre por buenos vinos, folgada de abondamiento de pan... dulce de miel et de azúcar, alumbrada de cera, complida de olio, alegre de azafrán".

Hace siete siglos, con artesanía árabe, con economía judía, España vivía rica por su campo. Hace siete siglos.

Siglos XX-XXI. La situación es, sin duda, otra, y tan otra, que al aceite de oliva le decimos no en nombre del colesterol. Al pan de trigo, al arroz, a la leche, a la miel, a los cerdos —con perdón— que no tienen desperdicio, etcétera... les decimos no en nombre de nuestra economía nacional monetaria y de la personal metabólica...

Es de toda evidencia que, en este siglo, el campo necesita ser encauzado. Tratada la tierra, ella. Cultivada de cierto modo y dedicada a determinados cultivos. Regada así y no así. Asombrada de bosques aquí y aquí no... Y así sucesivamente.

La tierra nuestra debe volver a ser tierra de muchos ganados... Debe ser puesta al día con empeño y con esmero la tierra de las cosas de comer y la tierra de las cosas de vivir.

Me parece a mí hecho curioso que, durante siglos, la tierra haya sido servidora del hombre, a pesar de reclamar por este servicio prestado la esclavitud de especiales siervos. Moral, humanamente, los siervos de la gleba eran los esclavos más esclavizados después de los esclavos mineros. Pero ni el minero, ni el siervo, ni el rey hubieran podido vivir sin la tierra. Hoy, en cambio, se ha hecho más o menos realidad la insensatez de una desgraciada reina decapitada. Y tenemos para comer "galletas", es decir, un alimento surgido Dios sabe de qué extrañas primeras materias, de unos criaderos-laboratorios donde se atiende al crecer de las vitaminas, ciertas proteínas, etcétera... Y la producción de estos alimentos exige un tipo de servidumbre humana con menos intemperie y con un régimen de justicia o injusticia distintos y no ejercidos a horca y cuchillo directamente.

Esto me parece que lo sabemos todos.

Me parece también que todos sabemos que el camino y las dificultades ofrecidas por este siglo nuestro son de otra índole. Y aún creo que muchas de estas dificultades se reducirían asombrosamente entre nosotros, cuando menos, si como es debido se crea ambiente para el campo y se ayuda al campo a cumplir su buena misión doble, la vegetal y la animal, racional y eficazmente. Creo que a ese fin tiende con eficacia la Feria del Campo de Madrid —centro central de nuestro país.

Fuerza es confesar que en ello pensaba yo en esta última Feria, por mí usada para satisfacer mi gusto personal de ver ganado vacuno en su ambiente. Fui a ver a un blanco ejemplar.

(Recuerdo la *Soledad Primera*.

*Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
media luna los cuernos de su frente
y el sol todos los rayos de su pelo
luciente honor del cielo
en campo de zafiro, pace estrellas...*

Toro, de Góngora, al fin, mitológico, poético, corrido por señores en plaza...).

Fado ha nacido hace once meses, el año de la F. Pesa 500 kilos, la línea de su límite es recta y precisa. Los cuernos de los charolais no son curvos, sino cortos y rectos. No roban nada, estos toros de la Feria, ni pacen estrellas sino buen pasto escogido, que parece satisfacerles, racionalmente administrado. La Dirección General de Ganadería se lleva a estos animales, como *Fado*, los mejores, para que cumplan debidamente su misión de proveedores en laboratorio, para mejora de las ganaderías todas.

Aunque parece triste que a los animales se los lleven de sus campos habituales, en la Feria del Campo se compensa la sensación de agobio que, durante tantos años, produjo en la ciudad la vista y convivencia con los establos domiciliados en casas de pisos, establos malolientes, moscosos, sucios hasta límites inaguantables. En la Feria del Campo ha habido mil bichos lucidos, limpios, cepillados, encollarados como de fiesta, acariciados, mirados, remirados, admirados. Con grandes pestañas, que dan tanta expresión a los ojos del ganado vacuno. Los toros anillados parecen animales primitivos, casi micénicos.

El esfuerzo de la Feria se comprueba en que, cada año, llegan procedentes de más lugares, mejores ejemplares de toda especie. Animales puros. Las manchas del ganado Hereford no han sido superadas por ningún abstracto. El negro de los bichos mexicanos es el único que se puede conjuntar con el naranja —color de México por excelencia— y con el verde de las piedras de Oaxaca. La raza rubia gallega va entrando en medidas, sin que los animales pierdan el mohín saudoso, la lengua agarimosa, rosada. Y una vez más, las alpinas suizas, con sus cencerrones que traen ecos de valles, evocan el mejor chocolate suizo —justamente el que no tiene leche alguna, amargo y negro, pero unido en alusión a las esquilas de las vacadas, que pacen al borde mismo de los glaciares, a punto de tragarse confundidos con los botones de oro y las flores azules y las margaritas, las flores blancas, estrelladas, de la nieve de altura— Edelweiss.

Mucho me sorprende que no hayan acudido en masa los alumnos de Bellas Artes, a sacar partido de este mundo de formas vivísimas.

Agustín —Agronomía pura— me explica que Europa necesita producir carne. Sobra leche —mantequilla y queso también sobra, en Europa. Falta y hace falta carne vacuna de calidad primerísima. Agustín tiene razón, hablando de Europa y de España en Europa. Es clara verdad que conviene hacer esto y esto y esto... Y todo cuanto él me explica se manifiesta de modo claro en la extensión de la Feria, donde cuanto el campo produce y cuanto del campo se utiliza aparece explícitamente bien mostrado y bien organizado. Y los entendidos y los interesados; y los no entendidos con interés, nos enteramos de que así es el campo y para esto debe ser usado el campo.

La Feria del Campo es una Feria pedagógica.

La Feria del Campo es una de las cosas inteligentes que se hacen en Madrid. Y también pienso que debería usarse la Feria para amigar a los niños con animales y productos agrícolas varios. Deberían haber ido a la Feria todos los niños ciudadanos que no tengan en su recuerdo una vaca amiga, un conejo con recambio garantizado si

se escapa, una oveja, una cabra, un ponney, o un... A todos los niños de ciudad, que no han visto nunca como crece el arroz —si no es cine— como se hace el vino, como rezuma aceite la aceituna y se convierte en blanco azúcar la torpona remolacha... A todos los niños que no saben que el tabaco son hojas de una planta, y granos de otra el café... y... y... A todos los niños que no saben cómo es el campo nuestro de tierra, y el campo de otras tierras amigas, que han traído sus productos mejores al recinto castizo.

Es muy importante para nosotros esta muestra de nuestro campo y de otros campos.

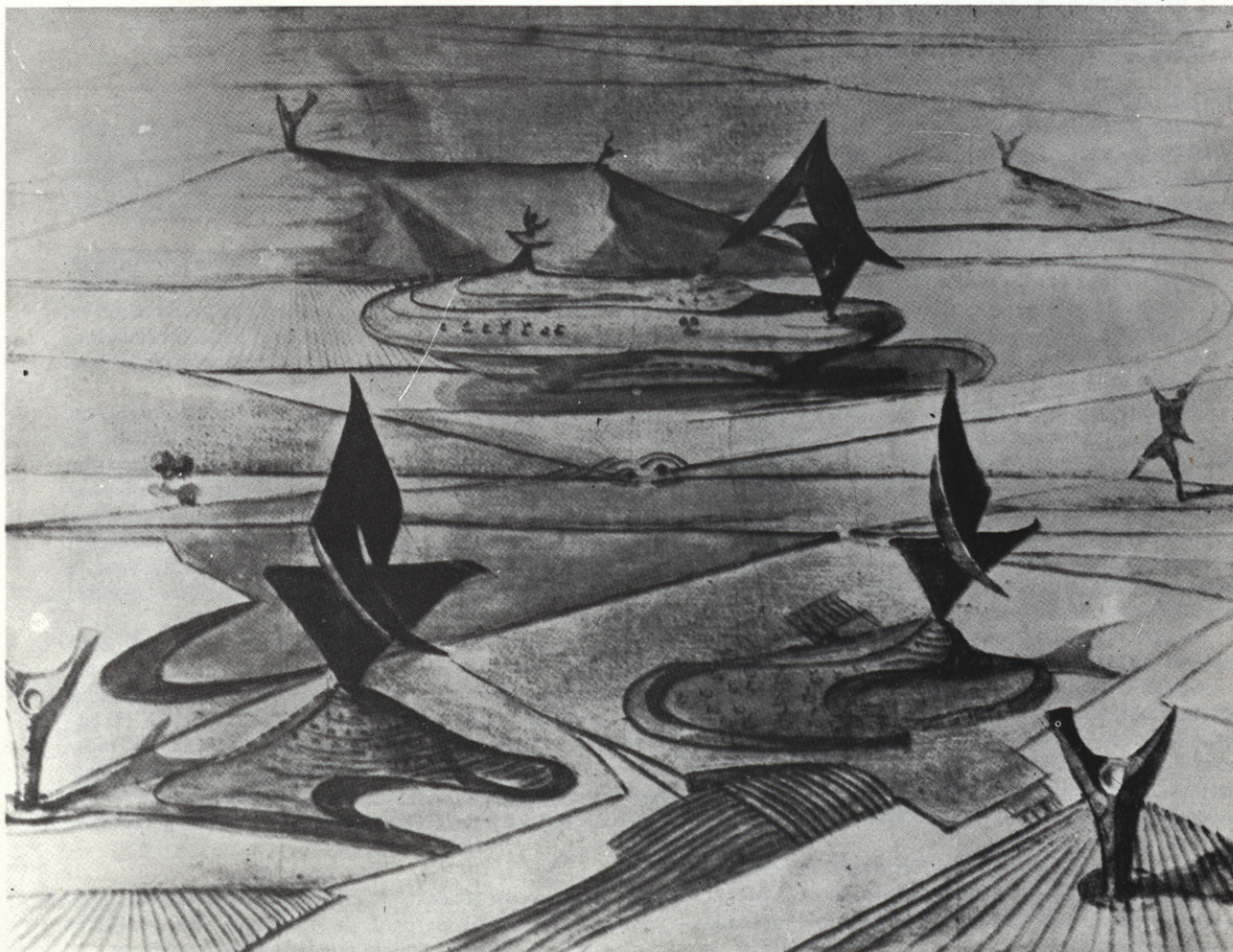
La Feria del Campo es una especie de examen agrícola y ganadero de la situación de nuestro campo, pero —siento decirlo— es también un examen de conciencia difícil.

Claro está que los campos del mundo, cultivados como es debido, podrían hacer frente al hambre en el mundo. Sin duda, el problema es económico. ¿Sólo económico? Yo no lo creo.

Yo pienso que es más caro sembrar campos de napalm que de alfalfa para el ganado, de maíz, de arroz, de patatas... Yo pienso que es dinero tirado a muerte el que se emplea en artefactos de guerra y que sería dinero que sembrase vida el empleado en artefactos necesarios para una mejor agricultura. Esas organizaciones de Paz, para la Paz, deberían poder hacer que se respetase el campo. Pero siempre fue así. Siempre fueron los campos —y las ciudades con ellos— escenario de lo peor:

*Lunes era, lunes,
de Pascua florida,
guerrean los moros
los campos de Oliva.
¡Ay campos de Oliva,
ay campos de Grana,
tanta buena gente
llevan cautivada!
¡Tanta buena gente
que llevan cautiva! ...*

(Del romance de don Bueso, versión nuestra de una balada que se cantó también en Alemania, Suiza y Holanda... y nació en el siglo XIII).



Paisaje con esculturas. Alberto. Colección J. Lacasa